

su religión, indújoles á mirar el mundo como una masa inmensa que debían embellecer: y así como buscaron la hermosura material de las formas en el individuo, buscáronla también en el globo, dirigida empero á los goces del hombre.

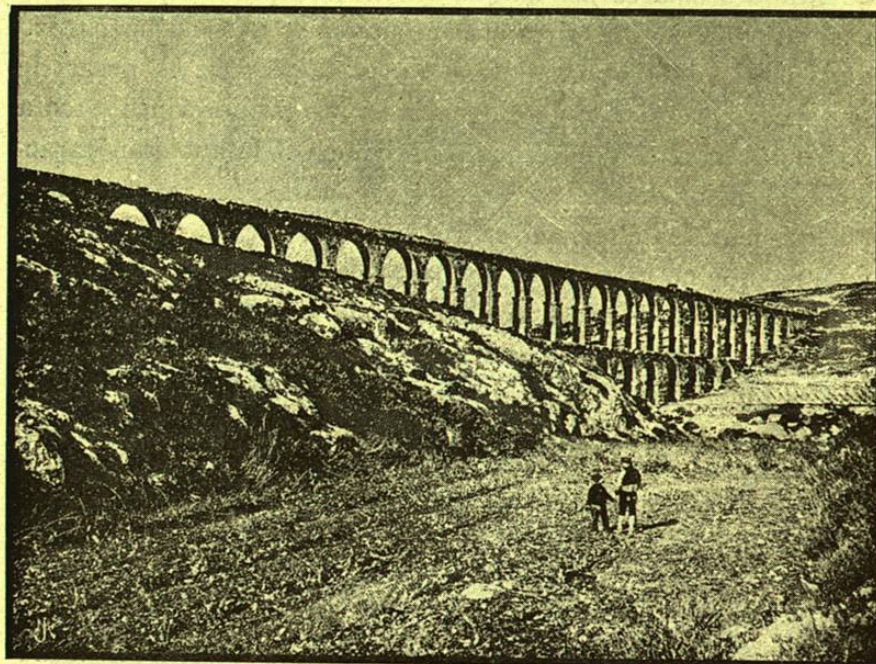
Y si á esto se añade la confianza en su superioridad, el orgullo que de semejante confianza debía nacer, la regularidad y orden de su existencia política, ¿quién se admirará de que dejasen tras sus huellas esas moles inmensas que fueron templos, teatros y anfiteatros, esos grandes acueductos, estas fábricas en fin, con que al parecer quisieron eternizar su tránsito en la tierra, mudos y grandiosos caracteres del primer pueblo de su período que dicen á los demás: ¿quién como nosotros? Á estas ideas, pues, de hermosura y de grandeza deben su solidez las construcciones romanas, al paso que por ellas miramos con interés semejantes ruinas. Tarragona experimentó sobremanera estos efectos, y además de las fábricas que ya llevamos explicadas, numerosos acueductos derramaban en ella la salud y abundancia, y los restos de uno solo claro nos dicen qué fueron tales obras.

Á una legua de la ciudad subsiste todavía el llamado *Puente de las Ferreras*, soberbia construcción que desde el Pont de Armentera conducía el agua del Gayá por Vilarrodona hacia Vallmol. Al dirigirse de aquí á Tarragona, en el punto arriba indicado atajábale el paso una hondonada que entre dos elevadas colinas formaba el terreno, dificultad que sólo sirvió para estimular el ingenio latino, que se burló allí de la naturaleza, uniendo las dos eminencias con un doble puente de sillería. Once grandes arcos sentaron sus sólidos pilares en lo más hondo

parte de la descripción para construir el muelle actual y la escollera que arrancaba del centro de la actual plaza de Fernando VII y cortando la línea N. S. en dirección oblicua, cerraba la cuenca de esta bahía constituyéndola un puerto seguro para las naves de aquella época. Aún se ven en la playa, entre el muelle y el lazareto los vestigios petrificados del martillo ó extremo de esta dársena, fabricado de hormigón con cal hidráulica....

La población plebeya se extendía por la vertiente suave de la colina de Tarragona al Occidente hasta el río Tulcis ó Francolí.»

del pequeño valle, y encima de ellos corrió una hermosa hilera de veinte y cinco, cuya altura en los extremos de la obra fué siguiendo las ondulaciones del terreno. Ninguna argamasa ni trabazón se empleó en el asiento de sus grandes sillares, y es tal la firmeza y solidez de la obra, que permaneció sin lesión



TARRAGONA.—ACUEDUCTO LLAMADO DE LAS FERRERAS

alguna hasta nuestros tiempos, en que se ha deteriorado bastante la parte superior, amenazando pronta ruina hacia los arcos centrales de los cuales falta una piedra. Ningún detalle particular ofrece este acueducto, mas en cambio su conjunto respira nobleza y elegancia, y la sencillez de sus almohadillados se avienen con lo salvaje y desierto del lugar (1).

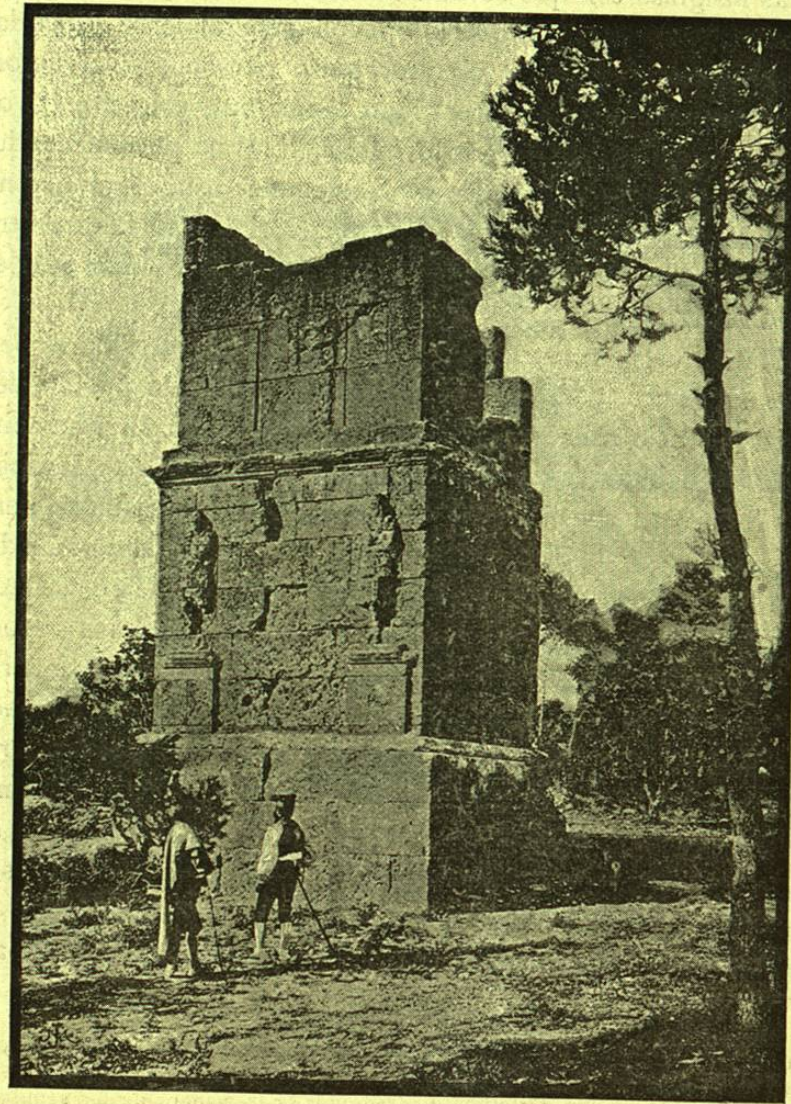
(1) Para satisfacción de los inteligentes, copiamos las medidas de esta obra, tales como las proporcionó D. Vicente Roig á los redactores del artículo de Tarragona, inserto en el *Diccionario geográfico*: ancho de los pilares en su base, 12 piés;

Á una legua de Tarragona, junto al camino que conduce á Barcelona, levántase triste y solitario no lejos del mar y en medio de un bosquecillo un monumento sepulcral, conocido con el nombre de Torre de los Escipiones. Sobre un vasto zócalo cuadrado, elévanse dos cuerpos de la misma forma, formados de grandes sillares sin ningún adorno; la parte superior está bastante deteriorada, si es que no ha venido al suelo buen trozo de la fábrica, que ahora elévase á más de 30 piés. Á pesar de su sencillez, respira tanta elegancia en sus proporciones y tanta majestad en el conjunto, que no sabemos si la hubieran caracterizado mejor detalles y variadas esculturas. En la parte que mira al mar, en el primer cuerpo sobre el zócalo, resaltan dos figuras, que no calificamos de bajo-relieves, porque exceden la regular medida de éstos, ni de estatuas aisladas, porque están esculpidas en las mismas piedras del monumento; apoyadas cada una en un pequeño pedestal, su cabeza reclinada sobre una de sus manos, aun al través de lo roído por el tiempo y el aire

debajo de la imposta, 6 y medio; luz del arco de pilar á pilar, 22 y medio; extensión total de la obra descubierta, 876; ídem de la parte arqueada, tomándola en el firme del pilar en ambos extremos, 725; elevación desde la parte más honda del terreno, 83 y medio.

El ruinoso estado de la parte superior de este acueducto (a) motivó un hecho que, á ser cierto, merece mencionarse por su notable osadía. Mientras contemplaban aquel monumento algunos viajeros, movióse la cuestión de si sería posible atravesarlo en toda su longitud; cuestión á la verdad difícil de resolver, mayormente si, amen de la considerable altura de la obra y de la estrechez de la parte superior por donde pasaba la canal del agua, se tenía en cuenta una cortadura que el tiempo había abierto casi en el centro y cuya anchura no se podía asegurar desde el fondo del valle. Pero sin hacer alto en semejantes consideraciones, apostó uno de ellos á que pasaría á caballo el puente del uno al otro extremo, y sin aplazar día ni hora, puso al punto por obra su propósito, y empezó el terrible paso, no sin espanto de cuantos desde abajo lo miraban, que ya en su alma sentían haber empeñado tanto la apuesta. Llegó el aéreo jinete al centro, y de repente se halló detenido por la fatal cortadura, que no era tan corta como desde abajo creyera. En vano espoleó el caballo, que midiendo con sus ojos el espacio retrocedía temeroso, negándose á dar tan tremendo salto: En semejante conflicto, el impávido jinete sin apearse le vendó los ojos, y quitándole así el miedo que infundirle debía la elevación y estrechez del paso, logró hacerle saltar, y acabó felizmente la travesía.

(a) Tiene el monumento de que se trata once arcos en la parte inferior y veinte y cinco en la superior. Durante los años de 1855 y 56, atendido su estado de ruina, fué restaurado por disposición de la Comisión central de Monumentos, hallándose ahora bien conservado.



TARRAGONA.—TORRE DE LOS ESCIPIONES

marino, vese en su rostro una expresión de tristeza, que bien se aviene con el destino del monumento; y como no llevan ninguna de las insignias con que se acostumbraba á decorar las figuras heróicas, representan, según la opinión generalmente admitida, dos esclavos, con que el escultor quiso personificar el dolor. Sobre ellas corre todo el frente una lápida muy estrecha, cuyos semiborrados caracteres por lo ininteligibles no pueden conducirnos á ninguna aclaración concerniente á esta obra, que no debió de estar aislada, pues á su alrededor, al abrir la carretera moderna encontráronse vastos restos de muros y otras señales de edificios (a).

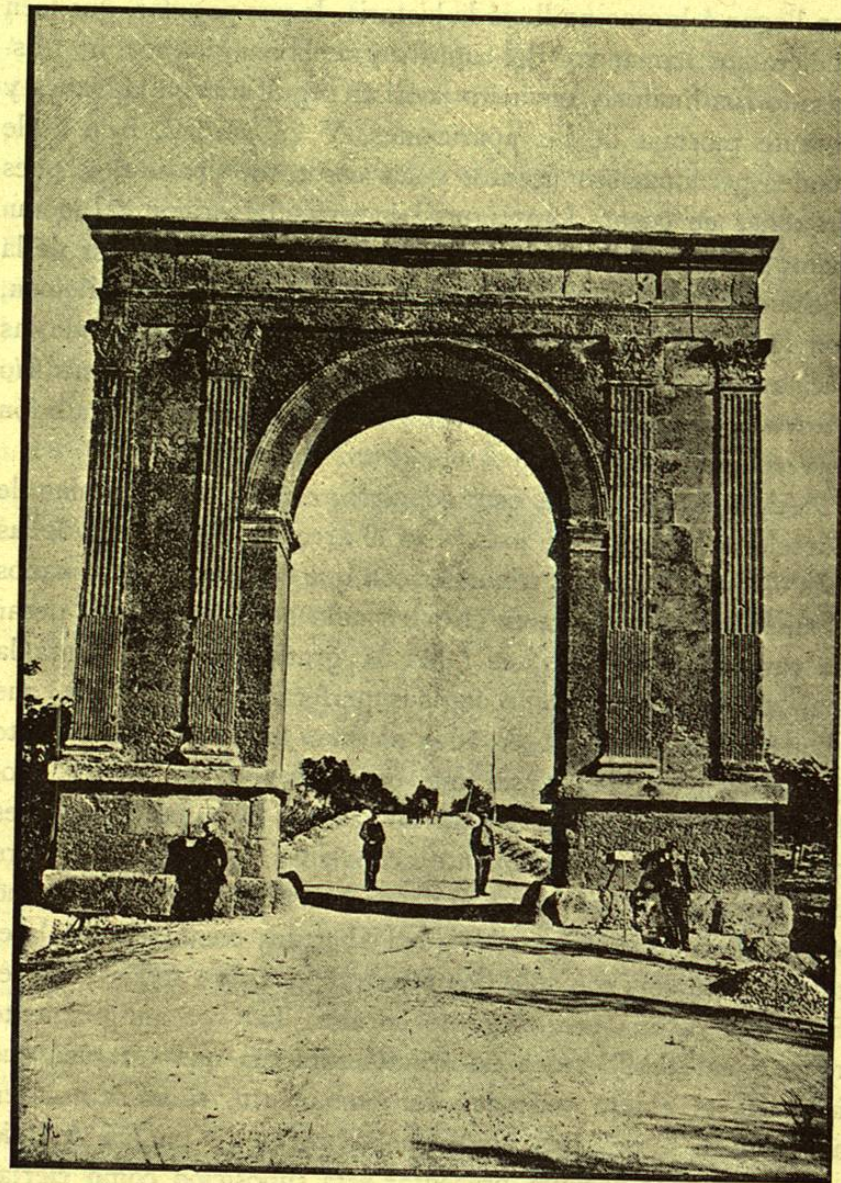
Nada, pues, en este monumento nos dice á qué ilustres personas se dedicó, y en vano acudiríamos á la historia que también guarda silencio sobre el particular; sólo la voz popular ha nombrado los habitantes de aquel sepulcro, apellidándolos Escipiones. Es verdad que ningún documento apoya esta tradición, pero tampoco puede oponérsele circunstancia alguna determinada, si ya hasta cierto punto no la favorece la probabilidad. Cuando sabido es que Tarragona debió su esplendor á los dos héroes romanos, que tras señaladas victorias hallaron gloriosa muerte en el campo de batalla, dejando grato recuerdo de sí á romanos y españoles; cuando todavía se ignora su verdadero sepulcro, ¿no pudo la gratitud pública erigir, sea á sus restos ó á su memoria, un monumento fúnebre casi al pié de las murallas de su ciudad, en aquel lugar lleno de sus recuerdos? Ciega en sus creencias, tal vez se haya engañado la tradición al inscribir el nombre de los hermanos en aquel pedestal; mas aunque así

(a) Las dos figuras de este sepulcro ó torre van vestidas con el sagum guerrero cuya caperuza les cubría la cabeza. El tercer cuerpo ó sea el superior es de creer terminaría en una pirámide cuadrangular, á la manera de los sepulcros etruscos.

De la inscripción que había, pudo leerse en tiempos antiguos lo siguiente:

ORN...TE...EAQUAE...L...O...VNVS VER...BVSTVS...I...S...NEGL...  
VI...VA...FL...BVS.....VBI.PERPETVO REMANE....

(El Indicador Arqueológico de Tarragona.)



TARRAGONA.—ARCO DE BARÁ

sea, lo vago y lo oscuro de la tradición siempre es sublime y sus errores llevan el sello de la verosimilitud. Mas no contenta con llegar á lo que no llegó la historia, la voz popular, que bien pudiéramos llamar voz del espíritu y de la imaginación, ha traspasado sus límites y envuelto la triste sepultura con la blanca y flotante mortaja de las apariciones. Y en verdad, bien se le pueden perdonar sus cuentos y sus casos sobrenaturales, pues sin tener en cuenta lo antiguo é incierto del origen del monumento, contemplado á la luz de la luna y en el silencio de la noche, con las dos grandes estatuas en su doloroso ademán, con los árboles que lo sombrean y con los murmullos de las vecinas olas, que vagamente con él se armonizan, al más frío *ilustrado* infunde poético horror y le fuerza á decir: la tradición es verdad!

Algo más lejos de este sepulcro, en el mismo camino de Barcelona y vecino al mar, está el arco de *Bará*, una de las más elegantes fábricas triunfales con que decoraron los romanos el suelo español. Reina en él extremada sencillez, pero á pesar de carecer de detalles, es tanta la gracia del todo, tanta la majestad y belleza que le dan sus perfectas proporciones, que el más escrupuloso observador en vano buscaría alguna parte que realzar ó rebajar, sin que desapareciese su buen efecto. Forma un gran portal y decoran sus dos fachadas principales cuatro pilastras, delicadamente acanaladas, que reposan sobre una base algo saliente, y están repartidas de dos en dos á uno y otro lado de la arcada. Ninguna abertura contienen las laterales, adornadas con sólo dos pilastras, y sobre todas corre el friso que corona una elegante cornisa. Tal vez antiguamente remató este bello trozo de arquitectura con una estatua, que indicaría el objeto y destino del monumento, como se nota en algunas de semejantes obras; pero hoy en día ningún vestigio queda que nos permita presentar esta suposición como cierta. Este arco, que ahora es uno de los monumentos que más ilustran todo un pueblo, sólo se debe, sin embargo, al capricho de

un particular, de la magnificencia privada; y la inscripción latina colocada en el friso en una línea, claro nos dice que fué *consagrado por testamento de Lucio Licinio Sura, hijo de Lucio, de la tribu Sergia* (1), riquísimo ciudadano romano, y muy amante del fausto y gloria, que en tiempo del emperador Trajano fué tres veces cónsul.

Así, no es la buena ejecución el único mérito de la obra que nos ocupa, pues á ella se agrega el de tan remota antigüedad. Pero estos mil setecientos años, que forman su edad, no han transcurrido sin hacerle sentir el peso de su planta; sus líneas han perdido buena parte de su pureza, los capiteles han visto borrarse sus delicadas hojas de acanto, los trozos salientes y angulosos de puro gastados se han vuelto redondos, ha empezado á desmoronarse el remate, y fuera de su asiento algunos sillares, toda la masa vacila y se ha resentido desde la base á la cornisa (2).

(1) Aunque faltan hoy algunas letras, no obstante, comparando unos autores con otros, y aplicando lo que copiaron con lo que queda, dice así:

EX. TESTAMENTO. L. LICINI. L. F. SERG. SVRAE. CONSECRATUM (a).

La elevación de este monumento hasta la cornisa es de 43 piés y 4 pulgadas; la luz del arco tiene 16 y 10 pulgadas, y el firme del pedestal sobre que descansan las pilastras 12 piés, 7 pulgadas y 3 líneas.

(2) Varios sujetos en distintas épocas acometieron la noble empresa de conservar á Cataluña este monumento; pero tan débiles fueron sus esfuerzos respecto del triste estado de la fábrica, que á poco volvió esta á ofrecer el mismo aspecto ruinoso, si ya no pocas veces la escasez de los medios interrumpió los trabajos que para su reparación se emprendían. Estaba reservado á nuestros días verificar su recomposición, pero de tal manera, que más que reparación de la obra antigua pudiera llamarse erección de otra moderna. Se ha borrado la inscripción latina, y la ha suplido otra castellana consagrando el arco á moderno objeto, al paso que las venerables piedras han perdido el color con que pintaron sus mil setecientos años, y que ha desaparecido bajo un menguado revoque. Á todo esto,

(a) De esta última palabra solamente aparece en la inscripción CON....TVM que algunos interpretan *constructum* ó *confectum*.

Se ha discutido bastante acerca del objeto de este bello monumento, habiendo tratado extensamente esta última circunstancia el docto académico D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA y ORBE en un trabajo titulado: *El arco de Bará, Los pueblos ilergetes y los cossetanos de la Provincia Tarraconense*. («La Ilustración Española y Americana», año 1870, pág. 306) concluyendo de su erudito estudio que este arco era un monumento terminal que señalaba el límite ó frontera entre la costa marítima de los *cossetanos* y la de los *ilergetes*, quienes, á pesar de ser un pueblo que habitaba principalmente el interior del país, poseían una lengua de tierra que salía hasta el mar y comprendía desde *Castelldefels* hasta el arco de *Bará*, siendo la capital de esta región marítima la antigua *Olerdula* ó *Ilerdula*, diminutivo de *Ilerda*.

Estos son los restos que recuerdan en Tarragona la grandeza del imperio romano, que, volviendo á nuestra narración histórica, á poco vióse miserablemente invadido por numerosas hordas de alemanes ó germanos, alanos, godos, sármatas y partos. Entraron en España los alemanes en el año 266, y tomando Tarragona, la destruyeron con horrible destrozo. Pero la muerte de un pueblo es proporcionada á la importancia, esplendor y duración de su vida; y la antiquísima y populosa metrópoli de la España Citerior no debía ni podía desaparecer como una miserable choza. Reedificada y reparada en lo posible, volvió al cabo de más de doce años á ser baluarte de los latinos y residencia del Presidente. Pero ya entonces redújose su recinto, y la población fué retrocediendo hacia lo alto de la colina. Asolada de nuevo en el siglo v por los vándalos, suevos y alanos, de nuevo cobró parte de su opulencia; hasta que, deseoso el rey godo Eurico de arrojar á los romanos de su último refugio, le puso cerco, é irritado de la tenaz resistencia que se le opuso, al entrarla en 475 la destruyó hasta sus cimientos (a). De este modo fué la última provincia que en España se mantuvo fiel á la dominación de Roma, como había sido la primera en reconocerla.

Debajo del mando de los godos, otra vez renació de sus ruinas; su comercio continuó siendo el más activo de esta corte, y las monedas que acuñó son buena prueba de que recobrara en lo posible su pasada consideración y nombradía. Invadida

que no queremos calificar con su verdadero nombre, se ha coonestado con dedicarlo al Pacificador de la España y al valiente ejército, única disculpa con que el ardor del patriotismo puede tal vez contestar á nuestras inculpaciones. Sin embargo, la triste experiencia de los años de revolución, que llevamos, debiera haber hecho cautos á los que se proponen tocar en lo más mínimo un monumento: debiera haberles enseñado que, pasada la tormenta, no siempre la razón y la verdadera ilustración aprueban lo que dictó un arrebató apasionado, y que no siempre redundá esto en gloria de la patria, ni de la corporación que lo hizo, ni del objeto á que se destinó (b).

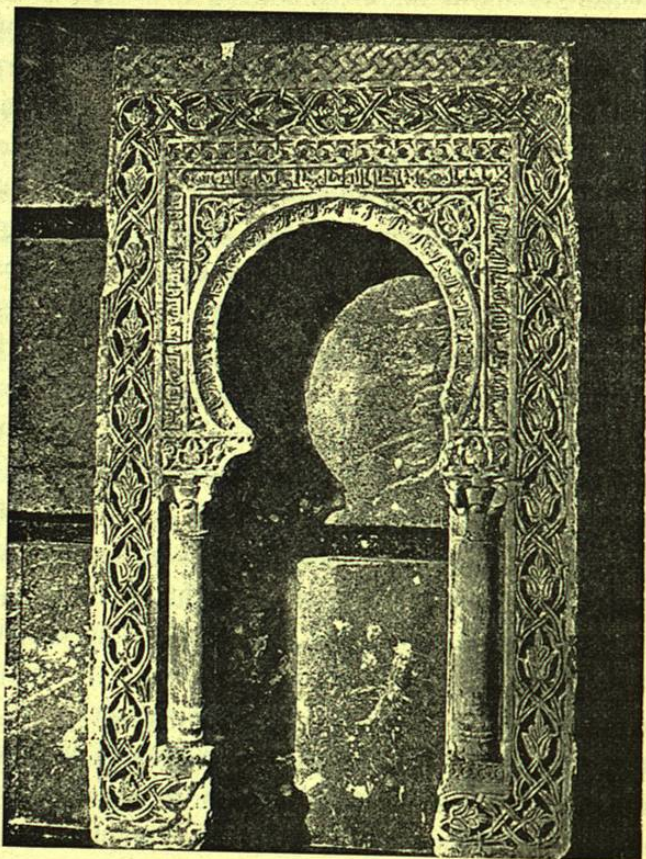
(a) Esta ha de considerarse la verdadera y más terrible destrucción de Tarragona, como lo ha comprobado la disposición de las ruinas halladas en la ciudad.

(b) Desapareció la inscripción moderna que era un verdadero adefesio.

por fin la España por los ejércitos mahometanos, quiso Tarragona contener delante de sus murallas el ímpetu de los vencedores advenedizos, que la cercaron. Tras mil sangrientos asaltos, que pudieron rechazar los de la ciudad, ondeó por fin en 719 la media luna en sus despedazados baluartes, y fué tanto el furor de los moros, que la incendiaron y asolaron, mientras pasaban á cuchillo los infelices habitantes. Aquella fué la más horrosa destrucción de cuantas sufrió la ciudad, que desde entonces jamás volvió á gozar de la importancia y grandeza, que hasta aquella época la constituyera rival de Roma en lo antiguo y de Toledo en lo moderno. Sólo quedaron en pié los restos de los monumentos romanos, donde por largo tiempo se refugiaron algunos árabes, pudiendo decirse que estuvo despoblada. Poco á poco empero la fortificaron un tanto, y pudieron resistir á las armas de Ludovico Pío, cuando en 806 la cercó y tomó aunque pronto volvió al poder de los moros, que desde allí invadían frecuentemente las tierras fronterizas del Afranc ó Cataluña la nueva. En vano adelantaban nuestros condes sus conquistas por el norte; la más bella porción de Cataluña estaba en poder de sus enemigos, y una de las mejores joyas de su corona entonces, el rico Penadés, lamentaba frecuentemente los estragos de las incursiones de los moros de Tarragona, Lérida y Tortosa. Entretanto celebraban los árabes sus triunfos, y en la mezquita que á su profeta erigieran en la primera de aquellas tres ciudades, quisieron perpetuar con un pequeño monumento la memoria de la terrible incursión con que en 960, por mandato de Abderrahmán III, el walí de la misma, junto con los de Zaragoza, Wesca y Afraga, asoló las fronteras cristianas (1). Por fin

(1) Este monumento, único que de los árabes persevera en Tarragona, está hoy empotrado en el muro meridional del claustro de su iglesia mayor, al lado de los restos de la cornisa del templo de Augusto. No muy considerable en cuanto á sus proporciones, y sí por su elegancia, consérvase casi íntegro, á pesar de que el mármol de que se hizo se esculpió 880 años há. Figura una pequeña portada de algunos piés, que á primera vista se tomará por adorno de una capilla ó reducida ventana; dos pilares, cuya base, como en la mayor parte de construcciones de este género, apenas sobresale del fuste, sostienen dos trozos de una bien trabajada

las armas españolas iban recobrando lo que perdieron sus padres, y ya el conde D. Ramón Berenguer *el Viejo* llevó las barras condales hasta el pié de los muros de Tarragona. Poco



TARRAGONA.—MIHRAB DE LA ANTIGUA MEZQUITA

después á últimos del siglo IX, D. Berenguer Ramón II *el Fra-*

impostada, sobre cuyas puntas salientes carga con gracia el arco en forma de herradura, ricamente sembrada su curva de caprichosas hojas. Lo demás forma un cuadrilongo dividido en varias líneas ó secciones que llegan hasta la curva del arco. En la más inmediata á este, vense unos caracteres, que á primera vista pasaran por adornos simbólicos; tanta relación y semejanza tiene su forma con la de los demás detalles. Corren desde las impostas toda la extensión de la curva del arco, pero formando ángulos, y dejando espacio suficiente entre estos y aquella para las en-

*tricida*, ayudado del obispo de Vich Berenguer de Rosanes y animado por el pontífice Urbano II, arrojó enteramente á los moros del campo de Tarragona, y preparó la restauración de la ciudad, donde nadie se atrevía á habitar, ya por su estado

jutas que contienen un extraño fragmento de arabesco. Dicen así, traducidos del árabe: *En el nombre de Dios: la bendición de Dios sobre Abdala Abderahaman, Príncipe de los fieles, prolongue Dios su permanencia, que mandó que esta obra se hiciese por manos de Giasar, su familiar y libertado, año trescientos cuarenta y nueve (960 de Jesucristo)*. Sobre la parte superior de esta inscripción hay un ornato caprichosísimo, y orla los cuatro lados de toda la obra una como ancha faja de arabesco, rota en la parte inferior, y sobre la cual, á manera de cornisa, se levanta un remate compuesto de grecas. El conjunto es airoso y muy proporcionado, y la riqueza y originalidad de sus variados detalles bien pueden satisfacer al más aficionado á las poéticas construcciones de los árabes. El mencionado Abderahamán, rey de Córdoba, lo mandó construir para que sirviera de fachada al Mihrab ó adoratorio interior de la mezquita principal de Tarragona, que se cree ocupó parte del recinto donde hoy está su catedral. Mas no es la sola antigüedad ni belleza la que detiene al artista delante de este pequeño monumento: es realmente asombrosa su semejanza con la mayor parte de las fachadas bizantinas ó sajonas que desde el 900 al 1100 se construyeron en Cataluña, que casi todas tienen los dos pilares, sobre los cuales dos impostas adelantándose recortadas, si así puede decirse, como dos cabos salientes de viga, sostienen las extremidades del arco, al paso que sus grecas, rosas, estrellas y demás detalles parecen copia adulterada de los ornatos arabescos. Y esta semejanza en lo particular nótase aún mayormente en ciertos rasgos generales propios del género bizantino; extrañas relaciones, cuyo origen tal vez se explicaría en parte con la emigración de los artistas de Bizancio á Damasco, donde dieron libre campo á todas sus concepciones y pudieron realizar sus más brillantes delirios. Dejando para luégo su catedral, Tarragona nos ofrece en sus dos más antiguas iglesias, que mejor se llamarían ermitas, una confirmación de esta semejanza. La de San Pablo tiene una graciosa fachada, que á no llevar un nombre cristiano, tomárase por fábrica árabe, á cuya dominación en la ciudad es casi inmediatamente posterior, si no contemporánea. En los extremos de ambos lados, que avanzando un poco forman ángulo con la pared del frontis, se levanta una muy delgada columna con capiteles enteramente árabes, y el remate, que elevándose casi imperceptiblemente hacia el centro figura un ángulo sumamente abierto, se compone de unas como grecas, debajo de las cuales sobresalen un tanto de la pared los adornos que en las fábricas bizantinas hacen oficio de ménsulas, y que aquí en lugar de constar cada uno de un solo arquito, forman varias pequeñas curvas como los claustros de San Pablo de Barcelona, guardando empero la debida proporción. Aunque las piedras están tan gastadas que han desaparecido muchos de sus detalles, todavía es bellissimo su efecto, y su conjunto respira gracia y originalidad (a).

No menos antigua es la otra iglesia ó capilla de Santa Tecla la *vieja* cuya fachada participa infinitamente del árabe. Semejante á la de San Pablo por sus extremos laterales salientes, su remate se levanta en ángulo; pero tiene además una pequeña portada, que á pesar de lo informe y gastado de sus labores no carece de cierta majestuosa elegancia. Forma un rectángulo, compuesto de dos esbeltos pi-

(a) La capilla de San Pablo quedará incluida dentro del edificio-Seminario que se está construyendo en el punto donde se halla emplazada, ocupando el ángulo de uno de los patios.